

Campana para el Premio Nacional

Coloquio trashumante con Andrés Sabella

Querido Andrés:

Es el regreso: doloroso caleidoscopio en que la muerte fugó la vida con dieciséis sombras en contraluz.

Es nuestro regreso. Tu regreso.

¡Qué ingrato tiempo debuta el poeta cuando se agolpan en él todos los duendecillos indestructibles del hombre anónimo!

Ahombres como tú, Andrés, le desfilan el iris de su obra si es el mediodía de los más o le rasgan su discurso en hora de masas. Pero tu lanza de guerrero experto atravesó niebla de censura y miedo.

Y así, hombres, como tú, Andrés, tienen vida de alfarero: muchos hablan de las manos que dieron vivida carne a la argamasa pero niegan al llacador. Pero eres la negación de la negación.

Con poetas como tú, Andrés, cuando es conveniente hora les inventan ceremonias para extraerles sin dolor cada víscera de fuego que proclaman y convertirlos en domésticos quijotes de sainete. Conigo, fue en vano.

¡Qué ingratitud para la fundación de tu novela grande en que llameó el pampino con tremadura mártir y tornó al desierto en muchedumbre acorralada entre cruces de bojalala!

¡Qué ingratitud para entender el atroz sídral de tus poemas alado a su embigo de tierra amartelada!

¡Qué garralal embriaguez de prejuicios para impedir tu inscripción en los salmos de los elegidos que siempre augura el pueblo!

¡Qué torpe el homenaje tardó que interrumpes con engreída los, el rito de campana, grito, estandarte y rem, auténticos símbolos iniciales del esotérico evol.

Y así, cuando creen tu muerte a pie justillas como un borbón en amuleto para enterrar tu verdadera mirada hacia la muralla infinita, se equivocan, otra vez, contigo, Andrés.

Por eso, estás presente entre nosotros.

Porque inauguraste en doctoral magistratura "La sangre y sus estatuas" y a pesar de ello alentabas futuro "Vocionario de



palomas", cuando reestrenaron la vieja tragedia de celda mordaza, inseperte masacre, exilio magdalena.

Era tu "ocula Cristo" la nueva enredadera por donde ascender hasta el amanecer con un fatal amaranto por los caídos.

¡Qué brutal ironía es la idea amancebada en la falsa gloria!

Tu nos recordaste que la esperanza de pie es la mejor despedida frente a los funeros del tiempo.

¡Qué tardanza para reconocerte con la cabeza erguida, los que de rodillas te murmuraban, cancerberos!

Pero la única y justa victoria que tiene licidas razones es la negación del olvido, porque el olvido no existe: es el peor túmulo en la memoria de los hombres.

Y aquí estamos, contigo. En el umbral de tu otro tiempo, para continuar habitando de acia fiel.

Y ya son calles, bibliotecas, aulas, cofradías, con tu nom

bre.

Mañana, serán estatuas atravesadas marmoliendo el reconocimiento, quíns islas hermanastras, con tu nombre; o cascadas con vientre de musgo que inventan otra vida o barros con margaritas en disculpas. Y luego de tu nombre en todas partes, de tu premio nunca habido entre los transeúntes terrenales, después de todo ello se habrá cumplido la profecía de Exupery que tú avalaste.

Cuando el acro co sea la entralagema de la historia, cuando el hombre ya no domestique a los mastines y el principio sea otra vez la criatura libre, entonces se habrá realizado la parábola cierta de tu poesía, hermano Andrés.

En tanto, nosotros, escribas de tu verso apremiando el nuestro; nosotros proclamadores de tus "cuatro rumbos"; nosotros herederos de tu favorito el niño; nosotros en complicidad de aguaje, en custodia de tu lente catalejo, de tu parabe negro en el alma por los idos; nosotros pasajeros de este longitudinal de nuevos rieles seguimos la larva de parchar escudos, tus escudos, para hermanar distintos discursos.

Y así, nos transformamos en nuevos buscadores del tiempo de tu tiempo guardado en cobre de gentilhombré.

Y así, tenemos razones suficientes para continuar este regreso.

Por eso, Andrés, en estas horas de trabajo —nunca más en criptograma— acerca tu silla predilecta, limpia tus lentes astronómicos, aprieta tu vieja máquina de escribir que lecheta tanto molino en avalancha, si quieres, dibuja un poco en el agua predilecta, mientras escuchas y sonríes, como lo haces estevejo, miranos con tus ojos de sabio per acostumbrado al barrizal y al reloj de los abismos; hazlo pronto, séntate entre nosotros, convértanos por dentro del ridal del tiempo y ayúdanos a desatar el crucial nudo del hombre mirándose a tiestas en el esquivo espejo de la felicidad, primer reflejo sompiterno de la creciente luna nueva: Libertad.

(N. de la B. El texto corresponde a un discurso pronunciado por el poeta Alberto Carrizo, miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, con ocasión de un encuentro de escritores nortinos. Su publicación forma parte de la campaña tendiente a obtener en forma póstuma el Premio Nacional de Literatura para Andrés Sabella, gestión que lidera en Iquique el Dr. Sergio Muñoz Marales).

Coloquio trashumante con Andrés Sabella [artículo] Alberto Carrizo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrizo, Alberto, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Coloquio trashumante con Andrés Sabella [artículo] Alberto Carrizo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile